

A éste le servía sólo y de rodillas Monseñor de Merodio; los Emperadores eran atendidos por un obispo; á nosotros nos cumplimentaban varios cardenales que nos daban conversación y servían de intermediarios entre las mesas.

En aquel salón, lleno de las más lindas pinturas, poblado de libros vestidos de ricas encuadernaciones, alumbrado por una discreta luz blanca que volvía más majestuosas las canas del Padre de la Cristiandad, más vivo el rojo de los trajes cardenalicios y más brillantes los bordados de los uniformes, comprendí lo que era una corte, una corte de verdad (no como las de similor que yo había visto en las Tullerías y en Miramar) y me formé idea de lo que era un soberano absoluto y seguro de su derecho, y no un soberano de mentirijillas elevado á la dignidad por un pueblo voluble y tornadizo.

Concluído el almuerzo dejamos al Emperador conversando con el cardenal Antonelli (¡vaya si tenían que conversar!) y en unión de la Emperatriz y de Monseñor de Merodio, que no se separó de nosotros un punto, fuimos á recorrer aquellas inmensas galerías, aquellas *loggias* maravillosas, aquellos salones en que la piedad de los fieles y el amor de los pontífices por el arte han aglomerado las cosas más bellas que ha producido el ingenio humano.

El Padre Santo debía pagar su visita al Emperador, y á las doce del día el correr de la muchedumbre, el sonar de clarines y tambores, el repicar de las campanas de las

iglesias inmediatas y los acordes de las músicas delataban la próxima llegada del Pontífice de la Inmaculada al Palacio Marescotti.

El patio se llena de gente; bajan los Emperadores á toda prisa; el castellano de aquel castillo, Gutiérrez Estrada el bueno, llega abotonándose el uniforme; Aguilar se coloca en la delgada nariz los lentes de oro; los chambelanes, los ujieres, los maestresalas, todo el mundo se arrodilla; golpean los suizos el mármol del pavimento con su alabarda plateada; baten marcha los tambores; resuenan frenéticos y devotos, mojado en lágrimas los ojos, los *E viva il Papa re...* y atravesando por entre aquella multitud prosternada, por entre aquel mar alborotado, como de seguro atravesará en su día la navecilla de Pedro sobre las olas del encono y de la indiferencia, avanza una carroza dorada por la que asoma la cabeza blanca de Pío IX; éste bendice á la multitud y luego baja del carruaje (cuya portezuela abre Aguilar) apoyándose en el brazo del Emperador; sube poco á poco la escalera y se encierra un buen rato á solas con Maximiliano.

— Al fin, dice Gutiérrez, tendremos en México lo que desean los buenos: paz para las conciencias, bienestar para la religión, culto decoroso y bien atendido, respeto á los ministros del santuario, y sobre todo, abolición de esas inicuas leyes llamadas de Reforma... Aquí está, aquí está el viejo loco, el visionario, el ignorante, dando lecciones

á los sabios y á los discretos, á los liberales y á los demagogos... Veintitrés años de trabajos me ha costado; pero los doy de barato por la satisfacción que me causa este momento que por nada cambiaría... Ver al soberano de mi país, á ese joven hermoso y distinguido, conversando mano á mano con el Vicario de Cristo, es el cumplimiento de todos mis ensueños. De allí va á salir la redención de México, de allí va á salir el arreglo de la cuestión eclesiástica... Figúrese usted si esos dos excelsos entendimientos, si esas dos firmes voluntades no aprovecharán la ocasión para arreglar todo lo que se encuentra pendiente en nuestra patria... Pío IX algo concederá; Maximiliano concederá mucho, y cediendo el uno y consintiendo el otro y obteniendo los dos, todo quedará perfectamente... Oigalo usted; tengo tanta seguridad de que este paso nuestro equivale á la regeneración de México, que si por un tumbo de dado no resultara como lo deseamos, yo no resistiría el golpe... De fijo me moría y me moría desesperado... ¡Dios quiera evitarme ese mal paso!

— No diga usted eso, don Pepe; no sea usted funesto ni mal pensado, exclamó Aguilar retractándose de sus antiguos prejuicios. Créame á mí. México se ha salvado; México se ha salvado, y este es el único pensamiento que derrama el consuelo en mi corazón abatido, en medio del repentino aislamiento en que me veo, lejos de mi patria y de mi familia. Esa patria, á pesar de sus infortunios, es la hija

predilecta de la Divina Providencia, que en efecto *ha hecho con nosotros lo que con ninguna otra nación*. Ahora los padecimientos pasados son timbres de gloria; nuestros antiguos desaciertos la feliz culpa que ha motivado nuestra redención, y los odios rastreros y las fementidas pasiones de partido, locuras y debilidades propias de una situación anómala como la que produce el abuso de bebidas embriagantes. Concordia, perdón mutuo de nuestros errores, y un olvido absoluto del pasado; he aquí lo que exige de nosotros el verdadero patriotismo. La gratitud nos impone otros deberes: amor perdurable á los heroicos príncipes que todo lo han sacrificado por salvarnos, y reconocimiento eterno al ínclito Emperador de los franceses y á ese pueblo magnánimo que ha derramado su sangre y prodigado sus tesoros por nuestra salud.

— Sí, repuso Gutiérrez, ¡benditos sean, pero más bendita sea la patria que de tan buen grado nos ha seguido!... Créanmelo, si no fuera esta la hora que es, y si no tuviera los huéspedes que tengo, lanzaría un ¡viva México! que se oiría hasta allá...

— Pues láncelo usted, que al fin nadie se lo ha de tener á mal... Vamos á ver...

Abrióse en esto la puerta y todos los presentes, tanto los que conocíamos ya á Su Santidad como los que le saludaban por primera vez, fuimos admitidos á besar el anillo del Pescador. Luego se despidió el Padre Santo con el cere-



... fuimos admitidos á besar el anillo del pescador.

monial con que había llegado, y nos sentamos á la mesa recibiendo la orden de presentarnos á las cuatro en traje de camino.

Llegamos á la estación y vimos á Maximiliano lleno de alegría: le habían reanimado y enardecido los *E viva il imperatore dil Messico* con que le había saludado la plebe á su paso, y más le encantaban y satisfacían el aparato militar, la pompa cortesana y el aspecto señorial de la parada del camino de hierro. Estuvo risueño, hablando en italiano purísimo con el cardenal de Merodio, nuestro *cavalier servente*, y burlándose grandemente de las viejas carrozas y de los más viejos quitasoles de los cardenales. Luego, dirigiéndose á Aguilar y á mí, nos dijo risueño:

— ¿Sabéis quién de seguro nos envidia más en este momento?

— No, Sire.

— Hidalgo, hombre, Pepe Hidalgo, que desearía estar echando un ratito de conversación con estos *principones*, los Torlonias, los Dorias, los Colonnas y toda la aristocracia romana que él conoce y ama tanto...

Hubo mucho apretón de manos, mucho de «Me recomiendo á la benevolencia de V. M.», «No olvide V. M. mi negocillo», mucho agitar de pañuelos, sonar de músicas y batir de tambores, y al fin salió la locomotora triunfante y silbadora, llevando las esperanzas de los mexicanos y el núcleo del nuevo imperio.

¿Para qué he de entreteneros con el recuerdo de lo que nos aconteció en aquellos cuarenta larguísimos días de navegación en que apenas hubo cosa digna de notarse, si se exceptúan las salvas y los vítores que nos recibían en todas partes, y que por ser de clavo pasado no nos llamaban ya la atención?

En la *Novara* no íbamos más mexicanos que Velázquez, Woll y yo; Velázquez era un pobre hombre que no sabía decir más que sí á cuanto le preguntaban; Woll era un soldadote fanfarrón, necio y sin mérito. No hablaba más que de las batallas en que había vencido, de los héroes á quien había encadenado á su carro, de lo valiente, de lo noble y de lo grande que le había hecho Dios Nuestro Señor. Se le había desarrollado un amor tan grande por Maximiliano, que no hacía más que hablar de su lealtad, de su afecto, de su admiración, de su respeto y de todos los sentimientos que abrigaba por el soberano.

Un día nos hizo reír á todos de la mejor gana:

— No saben ustedes lo contrariado que estoy de que tengamos este tiempo ratonero que no vale para echar á pique una barca pescadora.

— ¿Pues qué tiempo quería usted, General?

— ¿Qué tiempo? ¿qué tiempo? Pues claro está; un buen tiempo así, fuerte, con la mar picadita; un huracán de cuenta, un vendaval de cierta categoría, una tempestad ó un ciclón de buena marca están faltando, faltando mucho;

créanmelo ustedes... Si fueran mis épocas, cuando era yo mozo... Aquellos eran ciclones, aquellas eran tempestades... Ahora se ha vuelto chocho el señor de Neptuno; ya no sirve para nada.

— ¿Pero está usted loco, General?

— ¡Qué loco voy á estar! Cuerdo y muy cuerdo.

— Pues no sé cómo concilie usted su cordura con semejantes deseos.

— Les diré á ustedes; no es que yo quiera verlos en aprietos, ni que quiera morirme: al contrario, mi deseo es que todos sigamos viviendo y que caminen las cosas como sobre rieles; lo que me contraría, aflige y descorazona es ver que tarda mucho la oportunidad que deseo de darle á S. M. una prueba de mi adhesión á su persona.

— ¿Y por eso quiere usted acabar con el Emperador?

— No, no quiero tal cosa: ¡Dios me libre! Lo que quiero es que S. M. se vea en un riesgo muy grave para lograr salvarle la vida, para exponer la mía y sacarle sano y salvo diciéndole: Vea V. M. que no ha fijado sin razón los ojos en mí para que le sirva de ayudante de campo... ¡De perro de presa le serviría y era poco!

— ¡Jesús, qué amor!

— Pues bien, figúrese usted una tempestad de órdago, de esas en que hay rayos y viento y en que el buque mejor siente que sube hasta las nubes y que en seguida baja hasta el abismo; en que los más serenos pierden la cabeza y

llaman á gritos á la muerte... En esos momentos cogería al Emperador, y quisieralo ó no, le llevaría cogido hasta depositarle en tierra.



— ¿Salvar así á un almirante? gruñó la de Collonitz enojada. El Emperador sería quien le salvara á usted.

— Ya vería usted, señora, refunfuñó Woll atusándose los bigotes y mirando al sesgo.

Pero el Emperador no pensaba en que

le salvaran ni en salvar á nadie. Permanecía metido en su cámara hablando con Velázquez, y ya nos figurábamos que de aquellas juntas saldrían no sé qué primores, que nos dejarían boquiabiertos. Una mañana supe con so-

bresalto que el Emperador me llamaba. ¿Qué podría querer de mí S. M. que no fuera hacerme algún extrañamiento por cualquier chisme que le hubieran contado, por ejemplo, que platicaba y hacía locuras diariamente de la *Novara* á la *Themis*, en que iba el guapo Kuhahewich?

Mas no era eso lo que el Emperador deseaba; me recibió con amabilidad, me hizo sentarme á su lado en uno de los asientos de la toldilla, y luego me dijo misteriosamente:

— La llamé á usted, señora, porque la necesito para un asunto muy grave en que sólo usted puede asesorarme.

— Dios mío, pensé, ¿qué será eso que sé yo mejor que nadie? Ni los estadistas criollos, ni los importados, ni los europeos, ni los americanos le sirven, y me llama á mí que ne sé palotada de nada.

— Para que vea usted cuán á lo serio tomo la labor de mi nuevo imperio, la aviso que me estoy ocupando en algo que no dejará de llamarle la atención: es el proyecto, el bosquejo, el esbozo del ceremonial de la corte. Si se tratara de Europa, poco tendría que consultar; en México sí tengo necesidad de enterarme de algunos pormenores que dependen del clima y de las costumbres. ¿Qué opina usted de esto que prevengo para las damas de honor? Para las recepciones en Palacio, grandes fiestas nacionales, *Te Deum* extraordinarios, entrega de birreta á los cardenales